

## EL CUARTO DE HORA DE NUESTROS CLÁSICOS

Efraín Villacís

*Mientras le preparaban la cicuta, Sócrates aprendía un aria para flauta. «¿De qué te va a servir?», le preguntaron. «Para saberla antes de morir».*

Ciorán, citado por Italo Calvino.

Parfraseando a Italo Calvino diremos que leer nuestros clásicos es mejor que no leerlos. Alguien dirá para qué si tenemos los universales o, más precisamente, se preguntará ¿tenemos clásicos nuestros, es decir, locales? Creo que sí. ¿Pregunta y respuesta de progrullo? Creo que no.

Uno de nuestros clásicos es sin duda Gonzalo Zaldumbide. Se ocupó, entre la ardua tarea literaria y otras *no tan santas* como la diplomacia, de ubicar y establecer nuestra tradición literaria a través de la lectura de nuestros clásicos. Gaspar de Villarroel (1587?-1665) y sus *Comentarios* —entre otros autores y obras en *Cuatro grandes clásicos americanos*<sup>1</sup> fueron para Zaldumbide no solo objeto de frío estudio sino un afluente para su propio ejercicio literario, para entender y reconocer una tradición literaria de este lado del mundo desde la Colonia y específicamente de lo que hoy es el Ecuador. La vida y obra del fraile es abordada con objetividad, dando al César lo que es del César, con lucidez crítica que no juzga por buena a mala fe. Para Zaldumbide, Villarroel, fue un narrador de raza, escritor fresco, espontáneo y erudito, que si bien pecó de farragoso y excesivo al citar a las autoridades patristicas, su obra, aunque tropiece, merece ser leída por amena, cuyo estilo llano y elocuente seduce a

1. Gonzalo Zaldumbide, *Cuatro grandes clásicos americanos*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1947. [Rodó-Montalvo-Gaspar de Villarroel-Juan Bautista Aguirre].

los lectores atentos y prevenidos. «Parece —nos dice Zaldumbide acerca de la obra del obispo quiteño— que quisiera rehacer por su cuenta el descubrimiento de la materia más agotada, renovar con su sinceridad la más gastada interpretación... La vivacidad de sus impresiones remoja los viejos textos».<sup>2</sup> Las obras clásicas viven porque encarnan al hombre de todos los tiempos. Zaldumbide —al citar, por contraste, a Villarroel y al Inca Garcilaso— desacredita a la *leyenda negra* que dice «...que hubiésemos tenido que esperar hasta la emancipación para aprender a leer, a escribir, a hablar. Hubo desde mucho antes quienes supiesen decir las cosas y en qué grande estilo».<sup>3</sup>

Cuando se habla, diserta, o apunta acerca de lo más relevante de nuestra literatura se repite, constantemente, esta sentencia: *Hay que rescatar a nuestros autores olvidados*.

¿Rescatar la «Relación del terremoto que asoló la ciudad de Santiago de Chile» en 1647, por Gaspar de Villarroel? ¿Tal vez el «Discurso pidiendo la abolición de las mitas» del guayaquileño José Joaquín de Olmedo, de quien Menéndez y Pelayo dijera que es «uno de los tres o cuatro grandes poetas del mundo americano»? ¿Quizás el opúsculo *Bosquejo de Europa y América en 1900* de Fray Vicente Solano donde apunta acerca de las bendiciones de Dios para ese continente y «de las causas que han corrompido a la Europa» sin dejar de esbozar sus opiniones acerca Lutero, Calvino, Voltaire, Rousseau, Hume o Gibbon? ¿O la «Oración eucarística» pronunciada por el olvidado lojano Nicolás Jerónimo Carrión y Velasco en la reapertura del Colegio Seminario de San Luis en 1786 donde cuenta la historia de este establecimiento quiteño y de su importancia en la educación y cultura de la Colonia?<sup>4</sup>

¿Rescatar los cuentos olvidados: «Gaspar Blondín» de Juan Montalvo. «Memorias del niño Santiago Birbiquí» de José Modesto Espinosa, «Paulina» de Cornelia Martínez o «La virgen de mis amores» de Gonzalo Zaldumbide, entre tantos otros?<sup>5</sup>

En «El síndrome de Falcón»,<sup>6</sup> Leonardo Valencia plantea la ausencia casi total de referentes clásicos ecuatorianos en la novelística actual. Pablo Palacio

2. Gonzalo Zaldumbide, «Gaspar de Villarroel» en *Páginas*, 2 tomos, prólogo de M. Sánchez Astudillo S. J.; selección de Humberto Toscano, Quito, Ministerio de Educación, 1961.

3. *Op. cit.*, p. 26.

4. Los textos citados en este párrafo corresponden a la obra *Antología de prosistas ecuatorianos*, tomos 1 y 2, prólogo de Pablo Herrera, Quito, Imprenta del Gobierno, 1895 y 1896, respectivamente.

5. Estos y otros relatos están recogidos en *Los mejores cuentos ecuatorianos*, selección de Inés y Eulalia Barrera, Quito, Empresa Editora El Comercio, 1948. (Biblioteca Últimas Noticias).

6. Leonardo Valencia Assogna, «El síndrome de Falcón» en *Pablo Palacio. Obras completas*, edición de Wilfrido Corral, París, Unesco, 2000 (Colección Archivos de la UNESCO), pp. 331-345.

es el referente clásico más válido, según su parecer, y cita como hitos innovadores a *Pájara la memoria* (1984) de Iván Egüez y a *El viajero de Praga* (1996) de Javier Vásconez. Valencia sustenta su juicio en «la falacia del canon novelístico del Ecuador... por la historia oficial de un balbuceo novelístico: Una historia de la novela supeditada a valores extraliterarios y a un nacionalismo a ultranza». Y más adelante Valencia nos recuerda que «la fuerza de una novela no está en su contenido sino en la coherencia e interacción de sus partes». Siendo así, en su síndrome, Valencia, se olvidó de algunos Anquises, que aún caminan y hasta corren solos, como *El muelle* de Pareja Diezcanseco o *Las cruces sobre el agua* de Gallegos Lara por nombrar solo dos.

El catedrático Wilfrido Corral nos hablaba de Humberto Salvador como parte de «los nuevos olvidados» en relación al viejo olvidado llamado Pablo Palacio. *En la ciudad he perdido una novela* (1929) es la obra de Salvador a la que apela Corral para plantearnos este nuevo olvido. Novela renovadora, contemporánea, original en la concepción de las formas narrativas, abierta, posmoderna que cumple con las más actuales exigencias de la teoría literaria como la de Bajtin. Habría que ver si cumple también con la recepción del «lector puro», según Vargas Llosa, o lo «invita a la impureza», según el síndrome de Valencia. De Salvador nos queda aquella «novela perdida» por su ímpetu y riesgo en el experimento narrativo. «Aclaremos: —nos dice Valencia acerca de Palacio y que bien puede aplicarse a Salvador— es una simiente. No una llegada, es una partida».

Si bien Gonzalo Zaldumbide tampoco fue una llegada —como la mayoría de nuestros autores reconocidos—, fue bastante más que una partida. Su obra ensayística habla por sí misma. Temas, obras y autores que abordó con pasión, inteligencia y que, si bien no encuadraban dentro de la problemática social, política y cultural del Ecuador de las primeras décadas del siglo pasado, su obra fue y es la base para la conformación de nuestra tradición literaria. La prosa del quiteño es una de las más relevantes muestras del modernismo literario en el Ecuador y ha sido un inevitable referente para muchos de nuestros escritores como el caso de Benjamín Carrión.

La visión hispánica de Zaldumbide, más particular que original, ante el devenir de América, tan denostada y juzgada por muchos intelectuales de diversas épocas, adquiere su verdadero valor cuando analizamos *Cuatro grandes clásicos americanos*, sus ensayos sobre España y América,<sup>7</sup> *Benalcázar* o su pro-

7. Ver, entre otros, *Elogio de Bolívar en el sesquicentenario de su nacimiento*, Washington, Imprenta del Gobierno, 1933; *Significado de España en América*, Nueva York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1933; «Prólogo» a *Homenaje a Carlos V en el IV centenario de su muerte: historiadores y cronistas de Indias*, selección y notas de Humberto Toscano, Quito, Ministerio de Educación, 1958 (Biblioteca del Estudiante, No. 20); «Les fils

yecto: *El sinventura Gonzalo Pizarro* que no llegó a concluir. Zaldumbide escribió con los ojos puestos en el mundo. En su visión, el Ecuador, debía insertarse en el mundo con lo que tenía de suyo y con lo que fue dado de fuera, España.

Como Gaspar de Villarroel, en su gobierno episcopal en Chile, Gonzalo Zaldumbide, en su vida y obra no lo vio todo, ni lo entendió todo, ni lo castigó todo.

Hemos citado estas obras y autores con el fin de situar el alcance de la fácil sentencia que pretende justificar la publicación de una u otra obra considerada clásica. Es elemental que no todo lo antiguo es clásico ni todo lo reciente innovador. Si consideramos las catorce definiciones o requisitos —dados por Calvino en *Por qué leer a los clásicos*— que una obra debe cumplir para ser considerada como clásica debemos concluir que no son muchos los títulos, en nuestra literatura, que los cumplan en su totalidad.

Si muchos autores y obras han sido olvidados, así sea, pues solo recordamos lo que bien vale la pena aunque sea doloroso. Y si hay que rescatarlos es porque el autor y su obra han muerto. No se trata, según Gallegos Lara en «Los clásicos ecuatorianos y el culto a los muertos»<sup>8</sup> —y con el debido respeto a los deudos o descendientes—, de desenterrar momias para mal petrificarlas y darles una segunda muerte, porque aquello sería tarea para arqueólogos aspirantes a museólogos posmodernos.

Cuando hablamos de clásicos nos referimos a la verdadera literatura, a aquella que ha sido fundacional más allá de la moda o el experimento a priori. Lejos de la posición política, religiosa o del nivel socio-económico o de linaje del autor. Hablamos de aquella literatura que nos permite desde el sencillo placer de la lectura hasta el análisis de una época, un pensamiento que nos empuja a repensar, negar o confirmar nuestra visión actual de tiempo y espacio. Nos plantea una tradición que, si no es comparable con otras, es la que nos pertenece. Tradición que es rechazada no por haber estudiado la misma sino por su casi total desconocimiento.

Se ha dicho y se mantiene que la tradición de un autor no está solo en sus referentes locales sino también en sus diversas lecturas universales. Cuando leemos a un autor local necesariamente nos enfrentamos a sus lecturas foráneas que, si bien están tamizadas por su particular preferencia y momento histórico, nos permiten intuir su devenir creador. Las tradiciones literarias de cualquier país se componen de lo propio y lo ajeno, de la capacidad de un pue-

d'Espagne en Amerique Latine et les fils de France en Afrique Latine. en *Revue Le Monde Colonial Illustré*, (París), año 14, No. 153, abr. (1936).

8. Joaquín Gallegos Lara, «Los clásicos ecuatorianos y el culto a los muertos» en *El Universo*, (Guayaquil), 2 jul. (1944).

blo para reconocerse a sí mismo y de su libertad al adoptar y asumir las influencias que le vienen de fuera sin petición de parte.

Se afirma que la tradición literaria del Ecuador es más relevante en el ensayo y la poesía. Son géneros que tendrían más continuidad y menos olvidos por parte de autores, intelectuales y lectores. Sin embargo también se concluye que a los autores nacionales les ha faltado y les falta capacidad y valentía para abordar autores extranjeros. Bien, Juan León Mera, en su momento, se ocupó de la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz; Julio Zaldumbide tradujo a Byron; Aurelio Espinosa Pólit tradujo a Virgilio y Sófocles; Gonzalo Zaldumbide escribió sobre d'Annunzio, Rodó, Barbusse; Benjamín Carrión sobre los más relevantes autores hispanoamericanos; César E. Arroyo sobre Lope de Vega y otros españoles; también están Augusto Arias, Raúl Andrade entre otros. Sin olvidar los referentes literarios que se desprenden de la poesía de Medardo Ángel Silva, Gangotena, Escudero o Carrera Andrade.

Se confunde desconocido por olvidado. Se denomina caduco a lo que no está de moda como si la verdadera literatura fuese un enlatado con fecha de expiración. Se limita la difusión de una obra en el mismo momento de su publicación. No existen obras olvidadas sino publicaciones no difundidas. No aparecen lecturas frescas acerca de aquellos autores. Se recurre siempre a las frases manoseadas sobre juventud, madurez, pobreza, linaje, genialidad, etc. etc. Se limitan al desglose geométrico-matemático, en el caso de la poesía, o a las labores de ingeniería en la construcción de una novela. Se disecciona a la obra literaria como si se tratara de un examen forense a un cuerpo inerte, olvidando al autor y a la obra misma. La literatura en sus diferentes géneros convoca, invoca, seduce, dialoga con el lector, apela a su inteligencia a través de la connotación de la imagen o la metáfora. Está en constante transformación como la vida misma. La verdadera literatura está presente en cualquier tiempo, atrapa y rapta al lector a otros mundos más reales y menos ficticios que la realidad cotidiana; exige y niega complicidad.

Calvino nos dice: «La escuela y la universidad deberían servir para hacernos entender que ningún libro que hable de un libro dice más que el libro en cuestión».<sup>9</sup>

La lectura o relectura de una obra, clásica o no, es la oportunidad que tomamos por libre opción; no es cuestión de democracia o consenso, ni tampoco de imposición por parte de intelectuales o catedráticos, *generosos* con sus discípulos, que pretenden evitar la lectura de obras menores según su particular concepción. Cada lector establecerá sus clásicos a los cuales volverá cuan-

9. Tomado de *Por qué leer a los clásicos*, de Italo Calvino, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 16.

do le plazca. Estos clásicos particulares, sin proponérselo, serán concomitantes con los clásicos de los otros: nuestros clásicos.

Constantemente hablamos de parricidio o de orfandad. Anhelamos tener un padre literario más *padre* que el del vecino o colega para adorarlo o destruirlo. Nos olvidamos que la literatura es una diosa promiscua que no perdona. Amante coqueta que nos cuestiona y reclama sin opción a responder. Ya que hablamos de padres literarios no asumimos a la literatura como una matriarca que no recuerda sus noches de amor y nos obliga a escoger no a uno sino a varios padres, de diferentes nacionalidades, porque cada uno tiene un poco de lo que quisiéramos en uno solo.

Ningún escritor, mayor o menor, se ha limitado a leer a los autores de su lugar natal. Ha leído a todos los escritores a los cuales ha podido acceder sin importar su origen geográfico, social, étnico o político. Ha bebido de diversos remansos hasta llegar a formar el suyo. Y desde allí decide confirmar, adorar, cuestionar, negar u ocultar los referentes que han dado forma a su obra literaria.

No se trata de opinar sobre gustos y colores. Se trata de aprehender la obra de uno u otro autor más allá de nuestras simpatías o apetitos domésticos o de capilla. Porque este tipo de lectura se asemeja al toro de lidia, flojo de remos, que se arroja sobre la barrera y quiere alejarse de la arena no por bravura y raza sino por mansedumbre. Valga aquí una digresión: ser vegetariano no impide la lectura de la *perdición de la carne*, en la *Baja noche*, del poeta de Biblián Cristóbal Zapata. Ni la condición de misóginos nos evitará conocer a *las mujeres que están locas* por Raúl Serrano. No haber salido del altiplano andino no significa que no podamos remontar las olas de la *Tabla de mareas para ocuparnos de la noche* de Roy Sigüenza. O nuestra moral conventual no obstaculizará cometer el pecado mortal de conocer la noche travestida de Raúl Vallejo. No porque hayamos leído a Milan Kundera o a Javier Marías sea caduco leer a «costumbristas» como José de la Cuadra o Maupassant. No porque disfrutemos del seudoerotismo del argentino Andahazi o la ligera ironía del mimado de la aristocracia peruana, Jaime Baily, sea una pérdida de tiempo leer a José Saramago. O no porque amemos los maravillosos universos de Faulkner u Onetti sea inocuo leer a Javier Vásconez más allá de su *Secreto*.

Cada generación, en su momento, ha expresado su inconformidad ante la falta de una verdadera crítica en el Ecuador. Julio Zaldumbide a mediados del siglo XIX; Silva a principios del XX; más tarde, Benjamín Carrión, Raúl Andrade, Augusto Arias hasta muchos de nuestros contemporáneos. Entonces hablamos del silencio pernicioso de nuestros críticos, de las tendenciosas opiniones de grupúsculos intelectuales que tendrían el poder de los medios, del olvido de los verdaderos valores de nuestra literatura, del amiguismo y otras quejas consuetudinarias.

Paradójicamente nuestros autores olvidados se reeditan cada cierto tiempo.<sup>10</sup> Pablo Palacio y sus obras completas<sup>11</sup> —con excepción de un cuento— con el estudio extenso<sup>12</sup> de la española María del Carmen Fernández, o la edición<sup>13</sup> a cargo de Wilfrido Corral en la colección Archivos de la UNESCO. Relevantes publicaciones que han incluido hasta los discursos político panfletarios del autor de «El antropófago». Anotadas hasta la saciedad a fin de que los estudiantes y curiosos puedan leerlos con todas las explicaciones del caso y no se confundan.

La *Obra poética* (1998) de Gonzalo Escudero, edición de Javier Vásconez y prólogo del catedrático y poeta Iván Carvajal, quien nos sumerge en un taller de como leer al poeta de *Hélices de huracán y de sol* sin dejar de apuntar acerca de la impecable técnica y la variedad de recursos retóricos que ostenta Escudero. Sin embargo cuando nos habla de «Los inicios: aprehensión de las formas» se olvidó mencionar una novelita cursi llamada *El escorpión y la vampiresa* publicada en el número 121 de septiembre de 1927 de la *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria*.

A Jorge Carrera Andrade también le tocó su momento. Edición de su *Poesía completa* (2000) a cargo de Javier Vásconez y con sugerente prólogo del cubano Alejandro Querejeta que va más allá de un Carrera Andrade y sus haikus, citado por Octavio Paz, de la poesía telúrica de la ventana y el cielo, de la ventana y el cuarto, del armario y el aguamanil o del indio de dos metros de altura que transforma a un caracol en la cinta métrica de Dios y que además abordó el ensayo literario.

Benjamín Carrión lleva cuatro volúmenes: tres antologías y el epistolario *Cartas a Benjamín: correspondencia* I. Selección y notas de Gustavo Salazar con «oportuna» presentación de Jorge Enrique Adoum (Municipio de Quito, 1995). Volumen que permite leer al Ecuador a través de casi sesenta años y donde podemos acceder a la visión de una tradición cultural que nos corresponde desde la pluma de los más importantes escritores ecuatorianos hasta los más connotados de Hispanoamérica.

10. El investigador Alejandro Guerra Cáceres ha recogido en 2 volúmenes: *Páginas olvidadas y Escritos literarios y políticos* de Joaquín Gallegos Lara y la compilación de los versos del Grupo de Guayaquil titulado *Cinco como un puño*, publicados por la Universidad de Guayaquil en 1987 el primero y los siguientes en la C.C.E., Núcleo del Guayas, en 1995 y 1991, respectivamente.
11. Palacio Palacio, *Obras completas*, introducción y notas de María del Carmen Fernández, Quito, Libresa, 1998 (Colección Antares).
12. María del Carmen Fernández, *El realismo abierto de Pablo Palacio. En la encrucijada de los 30*, Quito, Libri Mundi Enrique Grosse Luemern, 1991.
13. Pablo Palacio, *Obras completas*, edición de Wilfrido Corral, París, Unesco, 2000 (Colección Archivos de la UNESCO).

De Gonzalo Zaldumbide acaba de ponerse en circulación la octava edición de *Egloga trágica*, editada por la Fundación Zaldumbide-Rosales (1998), con prólogo del español José María Pemán quien la denomina novela poemática y la ubica entre el cantar y la epopeya. *Egloga trágica* no es una novela, aunque lo parezca; es una de las más bellas descripciones del Ecuador andino de principios del siglo XX con una prosa cadenciosa, musical y nostálgica cuyo estilo, en los mejores momentos de la obra, nos ofrece viñetas costumbristas, artísticamente acabadas. *Gonzalo Zaldumbide: Cartas (1933-1934)*.<sup>14</sup> Cartas muy personales, valga la redundancia, con Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Gonzalo Escudero y otros. Volumen que, una vez más, demuestra que el Ecuador, a través de sus escritores e intelectuales, no es una isla, sino que está inmerso en el quehacer cultural y político de Hispanoamérica.

Es encomiable la publicación de las obras de estos autores puesto que aún están vigentes. Pero la pregunta que nos hacemos es: ¿llegan a un buen número de lectores? La respuesta de cajón es no. Las razones pueden ser muchas: tiraje limitado, volúmenes muy costosos, problemas de distribución, falta de difusión, preferencia por lo light y muchos etcéteras. Ya que se publican leámoslos, aunque sea por cultura general, y si decidimos no hacerlo, permitámonos que otros lo hagan y puedan sacar sus propias conclusiones, a lo mejor nos sorprendan.

La deferencia o indiferencia se agradece, decía alguien, porque nos llega sin solicitud; no así la oportunidad porque a ésta se la toma si se es capaz, por decisión propia.

La obras de nuestros autores clásicos deben ser difundidas en todo el país y fuera de éste, a fin de que sean leídas hasta por «la ínfima plebe»,<sup>15</sup> según Juan León Mera y Julio Zaldumbide, aunque no hayan sido escritas para aquellos, las entiendan o no. Estos clásicos deben llegar a la mayoría de los posibles lectores por libre opción, sin imposiciones o trabas técnicas pseudoeruditas y ahí se establecerá su verdadera vigencia en la actualidad.

Es más importante, en principio, la obra escrita, no el individuo y sus particularidades sociales o domésticas y, si se acude a éstas, servirán únicamente para conocer las diversas etapas coyunturales que atravesó el autor. Se reeditan a nuestros clásicos y pareciera ser que se pretende justificar su existencia desde el informe forense de cuatro académicos de laboratorio; por las elucubraciones políticas de igual número de literatos con bandera partidista o por

14. *Gonzalo Zaldumbide: Cartas (1933-1934)*, introducción y notas de Efraín Villacís y Gustavo Salazar, Quito, Consejo Nacional de Cultura, 2000.

15. Ver «Cartas del señor don Julio Zaldumbide al señor don Juan León Mera» en *Memorias de la Academia Ecuatoriana correspondiente a la Española: nueva serie*, entrega 14, (Quito) dic. (1933), pp. 170, 171, 173-174, 372-373.



los cotilleos, muy bien fundados, de cuatro intelectuales o escritores malditos de barra o cafetín. Malditos no por maldecidos sino porque son preferibles las maledicencias y los hechizos de Circe.

Gonzalo Zaldumbide ha provocado opiniones contrarias: desde el elogio florido hasta las diatribas más insultantes. No obstante ni un grupo ni otro han arriesgado un estudio cabal y objetivo de la obra literaria de este ensayista quiteño. Su pensamiento y crítica han sido elevadas a «la más universal de todos los escritores ecuatorianos»<sup>16</sup> y relegado como «el escritor más europeizado, racista y antipopular de todas las épocas».<sup>17</sup> En las dos posiciones la visión es maniquea y si alguno ha arriesgado alguna interpretación no ha pasado de la tibieza de un verbo adjetivado o la interrogación.

Baldomero Sanín Cano define a José Enrique Rodó en una carta inédita, fechada el 29 de mayo de 1919, dirigida a Gonzalo Zaldumbide. Esta definición bien puede aplicarse al escritor ecuatoriano: «... era, sin duda, más poeta que crítico; más orador que analista; más amigo de mostrar la verdad por todas sus faces, cuando creía haberla encontrado, que de buscarla tesonamente... su optimismo irreductible le hacía muy apto para desmenuzar con suprema elocuencia las razones de su admiración ante las figuras históricas que lo cultivaban y lo atraían con fascinaciones irresistibles».

Parafraseando a Gonzalo Zaldumbide cuando cita a Anatole France, diremos: si tenemos que hablar bien de un libro y su autor, es mejor no leerlo, ni saber de su vida, para no influenciarnos. ■

16. Ver Hernán Rodríguez Castelo, *Literatura ecuatoriana 1830-1980*, Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología, 1980 (Serie de divulgación cultural); Aurelio Espinosa Pólit, S. J., «Introducción» a *Gonzalo Zaldumbide en Cuenca*, 2a. ed., Quito, Artes Gráficas, 1947, pp. III-LXXIX.; Benjamín Carrión, «En el año jubilar de Gonzalo Zaldumbide» en *Egloga trágica*, 4a. ed., de Gonzalo Zaldumbide, Quito, C.C.E., 1962, pp. 47-48; Jorge Carrera Andrade, «Apoteosis de Zaldumbide» en *Letras del Ecuador*, año 16, No. 126, (Quito), jul.-dic. (1962), p. 1; en *Interpretaciones hispanoamericanas. Radiografía de la cultura ecuatoriana*, Quito, C.C.E., 1967, p. 161.
17. Ver Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza*, Cuenca, C.C.E., Núcleo del Azuay, 1981; Benjamín Carrión, *G. H. Mata, el comprendedor apasionado*: «Defensa de mi Zaldumbide y Montalvo», Cuenca, Biblioteca Cenit, 1966; Jorge Enrique Adoum, *Las clases sociales en las letras contemporáneas*, No. 3, *Revista Literatura*, (Quito), Universidad Central del Ecuador, [s.f.].